

Parochial and Plain Sermons VIII, 17, pp. 244-255.  
Predicado el 25 de diciembre de 1825 y reescrito más tarde.

## LA ALEGRÍA RELIGIOSA

*El ángel les dijo: “No temáis, pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor. (Lc, 2, 10-11)*

La gran Festividad que celebramos en este día nos deja dos enseñanzas principales: humildad y alegría. Ciertamente este es el día, entre todos los demás, que pone ante nosotros la excelencia celestial y lo aceptable a los ojos de Dios de ese estado que muchos hombres tienen asignado, o pueden tener, una vida humilde o secreta en la cual se alegran. Si consultamos los escritos de historiadores, filósofos y poetas de este mundo, terminaremos pensando que los grandes hombres son felices, y fijaremos nuestros pensamientos y corazones en posiciones sociales elevadas y conspicuas, en extrañas aventuras, en talentos poderosos que hay que enfrentar, en luchas memorables y grandes destinos. Consideraremos que el camino de vida más alto es la mera ocupación, no la alegría en el bien.

Pero cuando pensamos en la Festividad de hoy y lo que conmemoramos en él, se nos abre un panorama nuevo y diferente. Primero, se nos recuerda que aunque esta vida debe ser siempre de trabajo y esfuerzo, aún así, hablando con propiedad, no hemos buscado nuestro bien más alto. Se encuentra y se acerca a nosotros en el descenso del Hijo de Dios desde el seno del Padre a este mundo. Está entre nosotros en la tierra. Los hombres de mentes ardientes ya no necesitan más cansarse en perseguir lo que se imaginan como bienes principales; no tienen que preguntarse más ni encontrar peligro al buscar esa bienaventuranza desconocida a la que aspiran naturalmente sus corazones, como hicieron en los tiempos paganos. El texto les habla a ellos y a todos diciendo: “os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor”.

Tampoco necesitamos ir en busca de ninguna de esas cosas que este mundo vano llama grandes y nobles. Cristo deshonró totalmente lo que el mundo estima cuando tomó sobre Sí un rango y posición social que el mundo desprecia. Ninguna porción podría ser más humilde y ordinaria que la que la eligió para Sí el Hijo de Dios.

Por eso tenemos estas dos enseñanzas en la Fiesta de la Navidad: en vez de ansiedad interior y abatimiento exterior, en vez de una fatigosa búsqueda de cosas grandes, estar alegres y gozosos, y estarlo en medio de aquellas circunstancias oscuras y ordinarias de la vida que el mundo pasa por alto y ridiculiza.

Consideremos esto con más detenimiento, como está contenido en la afable narración de la cual es parte el texto.

1. ¿Qué leemos justo antes del texto? Que había unos pastores guardando su rebaño durante la noche, y los Ángeles se les aparecieron. ¿Por qué se les aparecerían las multitudes celestiales a esos pastores? ¿Qué había en ellos que atrajo la atención de los Ángeles y al Señor de los Ángeles? ¿Eran estos pastores ilustrados, distinguidos o poderosos? ¿Eran especialmente conocidos por su piedad y dones? Nada se nos dice que nos haga pensar eso. Que tenían fe, al menos algunos de ellos, podemos decirlo con

seguridad, pues a aquel que tiene se le dará más, pero no hay nada que muestre que eran más santos o más ilustrados que otros hombres buenos de su tiempo, que esperaban la consolación de Israel. Más aún, no hay razón para suponer que eran mejores que el común de los hombres en su misma circunstancia, simples, temerosos de Dios, pero sin grandes adelantos en la piedad o hábitos de religión. ¿Por qué fueron elegidos entonces? En razón de su pobreza y oscuridad. Dios Omnipotente mira con una suerte de amor especial o (podríamos llamarlo) afecto, a los humildes. Quizás sucede que el hombre, una criatura caída, dependiente y destituida, está más en su lugar propio cuando se halla en circunstancias humildes, y que el poder y las riquezas, aunque inevitablemente en el caso de algunos, son en cuanto tales añadiduras anormales. Así como existen oficios y profesiones impropias pero indispensables, y mientras nos aprovechamos de ellas y honramos a los que se ocupan de ellas, nos sentimos contentos de que no sean nuestras, y así como somos agradecidos y respetuosos hacia la profesión de un soldado aunque no tengamos que ver con ella, así también a los ojos de Dios la grandeza es menos aceptable que la oscuridad. Nos sienta menos.

Los pastores, pues, fueron elegidos por su humildad para ser los primeros en oír sobre la natividad del Señor, un secreto que no conoció ninguno de los príncipes de este mundo.

¡Y qué contraste se nos presenta cuando consideramos quiénes fueron los mensajeros de nuestro Señor! Los Ángeles que sobresalen por su fuerza cumplieron Su mandato hacia los pastores. Aquí se unen lo más alto y lo más bajo de las criaturas racionales de Dios. Un grupo de pobres hombres, ocupados en una vida de trabajos, expuestos en esa época al frío y la oscuridad de la noche, vigilando sus rebaños, con la mirada puesta en espantar las bestias de rapiña o los ladrones, ellos, cuando estaban pensando sólo en cosas de la tierra, contando sus ovejas, manteniendo sus perros a su lado, y escuchando los ruidos en la llanura, considerando el clima y esperando el amanecer, de repente se encuentran con otros visitantes bien distintos de los que pudieran concebir. Conocemos el pensamiento contraído, los objetos insignificantes y comunes, dos o tres objetos quizá que van y vienen sin variación, que ocupan las mentes de hombres expuestos a semejante vida de calor, frío y humedad, de hambre y desnudez, penas y servidumbre. Dejan de interesarse mucho por cualquier cosa, y continúan de modo mecánico, sin corazón, y más aún, sin reflexión.

A hombres en estas circunstancias se apareció el Ángel, para abrir sus mentes, y enseñarles a no estar abatidos y en cautiverio por estar en lo bajo del mundo. Apareció como para mostrarles que Dios había elegido los pobres de este mundo para ser herederos de Su reino, y honrar de este modo su herencia. “No temáis”, les dijo, “pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy, en la ciudad de David, un Salvador, que es el Cristo Señor”.

2. Y, como ya dije, podemos obtener una segunda enseñanza de esta Fiesta. El Ángel honró a un grupo humilde con su misma aparición a los pastores, y luego le enseñó a estar alegres con su mensaje. Reveló buenas noticias tan por encima de este mundo como para igualar los de arriba y los de abajo, los ricos y los pobres, unos y otros. Dijo “no temáis”. Es este un modo de dirigirse frecuente en la Escritura, como habréis observado, como si el hombre necesitara una seguridad semejante que lo soporte, especialmente en la presencia de Dios. El Ángel dijo “no temáis” cuando vio la alarma que causaba su presencia entre los pastores. Incluso una maravilla menor los hubiera asustado con toda razón. Por eso el Ángel dijo “no temáis”. Somos naturalmente miedosos de cualquier mensajero del otro mundo, pues tenemos una conciencia intranquila cuando nos dejan solos y pensamos que su llegada presagia el mal. Además, nos damos tan poca cuenta del mundo invisible que, si se presentara un

Ángel o espíritu ante nosotros, nos asustaríamos a causa de nuestra falta de fe, pues se trata de una verdad que nunca hemos captado antes. De modo que, por una razón u otra, los pastores tenían tanto miedo cuando la gloria del Señor brilló a su alrededor. Y el Ángel dijo “no temáis”. Un poco de religión nos hace temer; cuando una pequeña luz se derrama en la conciencia, hay una oscuridad visible, nada más que visiones de aflicción y terror; la gloria de Dios alarma mientras brilla en derredor. Su santidad, el nivel y las dificultades de Sus mandamientos, la grandeza de Su poder, la fidelidad de Su palabra, asustan al pecador, y al verlo temeroso los hombres piensan que la religión lo ha hecho así, cuando en realidad él no es todavía religioso del todo. Lo llaman religioso pero sólo se trata de una conciencia golpeada. La religión en sí, lejos de inculcar alarma y terror, dice, en palabras del Ángel, “no temáis”, pues tal es la misericordia de Dios Todopoderoso mientras derrama sobre nosotros Su gloria, una gloria consoladora, pues es la luz de Su gloria en el rostro de Jesucristo (2 Cor 4,6). Por eso el heraldo celestial atemperó el brillo demasiado deslumbrador del Evangelio en aquella primera Navidad. La gloria de Dios alarmó al principio a los pastores, de modo que él agregó las noticias buenas para producir en ellos una disposición más saludable y feliz. Entonces se alegraron.

“No temías” dijo el Ángel, “pues os anuncio una gran alegría, que lo será para todo el pueblo: os ha nacido hoy un Salvador, que es el Cristo Señor”. Y entonces, cuando terminó su anuncio, “de pronto se juntó con el Ángel una multitud del ejército celestial, que alababa a Dios diciendo: ‘Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres que ama el Señor’”. Esas fueron las palabras que los bienaventurados Espíritus que sirven a Cristo y a Sus Santos dijeron en esa noche buena a los pastores, para despertarlos del frío y del mal humor del hambre a la gran alegría, para enseñarles que eran objeto del amor de Dios tanto como los hombres más grandes de la tierra. Más que eso, pues les transmitió primero a ellos las nuevas de lo que estaba ocurriendo esa noche. Su Hijo estaba naciendo en el mundo. Tales cosas se cuentan a los amigos y a los íntimos, a los que amamos, a los que simpatizan con nosotros, no a los extraños. ¿Pudo Dios Omnipotente ser más bondadoso y mostrar Su favor de modo más impresionante hacia los humildes sin amigos que apresurándose (si puedo hablar así) a confiar el gran secreto gozoso a los pastores que vigilaban su rebaño por la noche?

Después el Ángel dejó la primera enseñanza sobre humildad y alegría unidas, pero infinitamente mayor fue la que estaba detrás del hecho mismo que refirió a los pastores en aquel nacimiento del Santo Niño Jesús. Lo dijo con estas palabras: “encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. Sin duda, cuando escucharon que el Cristo Señor había nacido en el mundo tratarían de buscarlo en los palacios de los reyes. No eran capaces de imaginar que El iba a ser uno de ellos, o que ellos podrían acercársele. Por eso el Ángel les advirtió dónde encontrarlo, no solamente como un signo sino también como una enseñanza.

“Los pastores se dijeron unos a otros: ‘¡Vayamos, pues, hasta Belén y veamos lo que ha sucedido y el Señor nos ha manifestado!’”. Vayamos también con ellos a contemplar ese segundo y mayor milagro hacia el cual los dirige el Ángel, la Navidad de Cristo. San Lucas dice de la Virgen Santísima, que “dio a luz a su hijo primogénito, le envolvió en pañales y le acostó en un pesebre”. Qué magnífico signo es este para todo el mundo, y por ello el Ángel lo repitió a los pastores: “encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre”. El Dios del cielo y de la tierra, el Verbo Divino que había estado en la gloria con el Padre Eterno desde el principio, había nacido ahora en este mundo de pecado como un pequeño infante. Yacía en ese momento en los brazos de Su madre, indefenso e impotente en apariencia, arropado por María con los pañales de un niño y recostado durmiendo en un pesebre. El Hijo del Dios Altísimo, que creó

los mundos, se hizo carne, pero permaneciendo lo que era antes. Se hizo carne tan verdaderamente como si hubiera dejado de ser lo que era y se hubiera transformado en carne. Se sometió a ser el descendiente de María, a ser tomado en manos de un mortal, a tener los ojos de una madre fijos en El, y a ser cuidado en el seno de una madre. Una hija del hombre vino a ser la Madre de Dios. Para ella, ciertamente, un don inexpressable de la gracia, pero ¡qué condescendencia la de El! ¡Qué vaciamiento de Su gloria hacerse hombre!, y no sólo un indefenso infante, que ya era una humillación suficiente, sino heredar todas las debilidades e imperfecciones de nuestra naturaleza que eran posibles en un alma sin pecado. ¿Cuáles habrán sido sus pensamientos, si podemos arriesgar semejante lenguaje o admitir una reflexión tal respecto al que es Infinito, cuando los sentimientos humanos, los dolores humanos y los deseos humanos, se hicieron Suyos? ¡Qué misterio hay desde principio a fin en el Hijo de Dios hecho hombre! Pero en proporción al misterio está la gracia y la misericordia del mismo, y tal como es la gracia así es la grandeza de su fruto.

Contemplemos fijamente el misterio y digamos que ninguna consecuencia que se siga de tan maravillosa dispensación puede ser demasiado grande, ningún misterio tan grande, ninguna gracia tan sobrecogedora, como la que está ya manifestada en la encarnación y muerte del Hijo Eterno. Si se nos dijera que el efecto de ello es hacernos como serafines, que ascenderemos tan alto como El descendió tan bajo, ¿nos asustaría después de las nuevas del Ángel a los pastores? Y esto es, ciertamente, el efecto, tanto como tales palabras pueden pronunciarse sin impiedad. Permanecemos hombres pero no hombres y nada más, sino dotados en parte de todas esas perfecciones que Cristo posee en plenitud, participando cada uno en su propia medida de Su naturaleza divina tan plenamente, que la única razón (por así decir) de que Sus santos no sean realmente como El es que es imposible, porque El es el Creador y ellos Sus criaturas. Y aún así, son todo menos divinos, todo lo que pueden ser sin violar la incomunicable majestad del Altísimo. En proporción a Su gloria está Su poder de glorificar, de modo que decir que por El seremos hechos *todo menos* dioses, quiere decir en verdad que estamos infinitamente por debajo del adorable Creador, pero también quiere decir, verdaderamente, que estaremos más alto que cualquier otro ser en el mundo, más alto que los Ángeles y Arcángeles, Querubines y Serafines, esto es, no aquí, o por nosotros mismos, sino en el cielo y en Cristo. Cristo, es ya el primer fruto de nuestra raza, Dios y hombre, habiendo ascendido sobre todas las criaturas, y nosotros por Su gracia tendemos a la misma bienaventuranza, con la prenda de Su gloria que se nos da aquí, y (si somos hallados fieles) con la plenitud de la misma en la eternidad.

Si todas estas cosas son así, la lección de alegría que nos da la Encarnación es tan impresionante como la de humildad. San Pablo nos enseña en su carta a los Filipenses: “Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo: El cual, siendo de condición divina, no retuvo ávidamente el ser igual a Dios, sino que se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo haciéndose semejante a los hombres” (2,5-7). Y San Pedro nos enseña sobre la alegría: “Jesucristo, a quien amáis sin haber visto, en quien creéis aunque de momento no le veis, rebosando de alegría inefable y gloriosa, y alcanzáis la meta de vuestra fe, la salvación de las almas” (1 Pe 1, 8-9).

Hermanos, llevad estos pensamientos con vosotros a vuestros hogares en esta día de fiesta, que estén con vosotros en vuestra familia y en las reuniones sociales. Es un día de alegría: es bueno estar alegres, y es malo estar de otro modo. Porque un día se nos sacará el peso de nuestras conciencias sucias, y gozaremos en las perfecciones de nuestro Salvador Cristo, sin pensar en nosotros mismos, sin pensar en nuestra miserable impureza, sino contemplando Su gloria, Su justicia, Su pureza, Su majestad, su amor desbordante. Podremos alegrarnos en el Señor y verlo a El en todas Sus

creaturas. Podremos alegrarnos de Su temporal munificencia, y compartir las cosas placenteras de la tierra con El en nuestros pensamientos. Podremos alegrarnos en nuestros amigos por causa Suya, amarlos aún más especialmente porque El los ha amado.

“Dios no nos ha destinado a la ira, sino para obtener la salvación a través de nuestro Señor Jesucristo, que murió por nosotros, para que despiertos o dormidos, vivamos juntos con El”. Busquemos la gracia de un corazón alegre, templado, dulce, gentil y luminoso, mientras caminamos en Su luz y por Su gracia. Pidámosle que nos de un espíritu de amor siempre abundante y desbordante, que supere y elimine las vejaciones de la vida con su propia riqueza y fuerza, y por encima de todo nos una a El, que es la fuente y el centro de toda misericordia, bondad amorosa y alegría.

Traducción: Fernando María Cavaller